

ta) aquélla en la que el significado y valor de la vida resultan consistentes y armónicamente balanceadas, puesto que esta cultura no mira a la vida como algo puramente negativo (según ocurre con las del primer grupo), sino que considera al mundo de los sentidos como aporte para la mayor gloria del espíritu humano.

Sorokin —y con él su exégeta— toman al lector de la mano y le hacen recorrer seguidamente lo laberíntico de la historia y de la actividad humanas en sus distintas particiones, mostrándole la forma en que se suceden en el tiempo los tres grandes sistemas en las artes plásticas, en la música, en la literatura, en la crítica, en la filosofía, en la ciencia, en la ética y el derecho, así como en las relaciones sociales políticas y económicas (entre las que considera particularmente el problema de la libertad y de su desarrollo).

Al llegar a la explicación del cambio social, Sorokin se pronuncia en favor del cambio inmanente, producto de las transformaciones continuas, internas y consustanciales al sistema cultural mismo, y no explicable por los factores externos.

Establece, sin embargo, su famoso principio de los límites”, según el cual, el cambio social no puede producirse indefinidamente en un sentido lineal (ya que cuando tal cosa parece ocurrir se trata más de una “tendencia” que ha de cesar más o menos pronto). Por otra parte, a pesar de ser múltiples las posibilidades del cambio en un sistema, éstas no son ilimitadas, de donde resulta que “la historia es siempre nueva y siempre vieja”, aún cuando no en el sentido mismo asentado en el *corsi* y el *ricorsi* enunciados por Vico.

La exégesis que comentamos tiene la virtud de la claridad simplificadora que hay que exigir siempre a libros de su

tipo; popularizará la obra de Sorokin sin demeritarla en lo más mínimo.

Fyot, Jean Louis: *Dimensions de l'Homme et Science Economique*. Bibliothèque de Philosophie Contemporaine. Presses Universitaires de France. 1952.

La lógica dialéctica, que ha explicado el devenir en función de tres momentos (tesis, antítesis y síntesis) parece haber presidido la concepción de este libro que, en sus primeras páginas contrapone a la doctrina económica clásica la doctrina marxista (tesis y antítesis) para mostrar después sus incapacidades inherentes y tratar de delinear una tercer teoría (negación de la negación) que supere las antinomias aparentemente insalvables de las primeras.

Por principio de cuentas, Fyot niega la doctrina clásica por su falta de carácter humano, y con ello contiene parcialmente en la suya a la doctrina marxista y a la oposición humanitaria de Sismondi. Sin embargo, no se asimila al conjunto de reacciones antiliberales mejor conocidas por cuanto crítica el que éstas se ocupen casi únicamente del lado o aspecto social del hombre, dejando completamente de lado su aspecto o dimensión individual. O sea, que los lineamientos de la doctrina económica de Fyot tratan de establecer un equilibrio entre el individualismo de los clásicos y el socialismo marxista.

El autor muestra que la libre concurrencia propugnada por los doctrinarios del *laissez-faire*, se convierte en una lucha a muerte, y que si en el capitalismo “atomístico” los sujetos económicos se creían independientes unos de otros, en el capitalismo “molecular” o de grandes concentraciones, resultante de aquella pugna por la supervivencia del más fuer-

te, los sujetos económicos descubren su mutua dependencia gracias a los frecuentes desequilibrios y crisis que perturban el sistema y dañan a sus individuos. El ajuste de los flujos de producción e ingreso, de ahorro e inversión, le lleva a darse cuenta del funcionamiento conjunto de la economía, y, simultáneamente, de su propia existencia como tales "sujetos económicos".

Las últimas crisis han mostrado la necesidad de la intervención; sin embargo, ésta se ha producido en forma unilateral y ha adquirido un carácter defensivo: los trust y cartels han intervenido en la fijación de los precios; por su parte, los obreros se han agrupado en uniones sindicales para la defensa de su empleo y de su salario. Se trata evidentemente de formas de intervención en la vida económica, y de formas que al fracasar parecen invalidar los argumentos de quienes buscan la intervención como medio de solucionar los problemas actuales; sin embargo, si esas intervenciones no han tenido éxito ha sido por su misma parcialidad, y en ningún modo destruyen la validez del sistema interventor y planificador. Al efecto, hace notar el autor (en forma que nos recuerda a W. A. Lewis) que actualmente el problema no estriba en saber si se ha de intervenir o no, sino en conocer la manera en que ha de realizarse esa intervención para que llegue a sus fines, o sea, para que consiga la ampliación del sujeto económico hasta la plenitud de sus dimensiones humanas tanto sociales como individuales.

Hay que asegurar a la economía un crecimiento armónico que no sufra fluctuaciones apreciables, y, para conseguirlo, es preciso que el sujeto económico individual se percate de que al producir o con-

sumir a costa del equilibrio general o del bien común, se daña en definitiva a sí mismo aún cuando en apariencia se beneficie; se trata, por lo mismo, de luchar contra un racionalismo de corto alcance que a la larga se resuelve en el irracionalismo fundamental que parece connatural a las contradicciones capitalistas, y que lleva el sistema económico a las temibles crisis.

De ello se desprende, según apunta el autor, que la economía misma es la que se encarga de hacer que el sujeto económico descubra su dimensión social; sin embargo, al mismo tiempo, ese sujeto económico —centro de su atención— es llevado a la comprensión de su necesidad de participación individual en la armonización de los hechos económicos globales; esa misma actuación individual suya se le va a revelar al mismo tiempo como dimensión indispensable tanto para el funcionamiento de la economía, como para la expansión del propio sujeto económico y la adquisición, por parte de él mismo, de su real plenitud humana.

Por otra parte, hay —de acuerdo con el autor— un factor adicional que no hay que olvidar, y que es el constituido por la nación (¿influencia lisztiana?) así como por sus organismos planificadores. En efecto, no basta con tomar en consideración la iniciativa individual y su repercusión social dentro del sistema económico, sino que hay que percatarse de la íntima vinculación que la iniciativa del sujeto tiene con el riesgo y la responsabilidad pecuniaria del empresario, ya que esto descubre el problema del financiamiento de esas mismas iniciativas individuales.

En suma, el de Fyot es un libro que trata de conciliar, dentro de un producto nuevo, directivas divergentes hasta ahora

en el campo de las doctrinas económicas; para hacerlo, se ha guiado por la alta finalidad de devolver a la economía al dominio de las ciencias humanas, lo cual no obsta para que el propio Fyot

haya sabido preservar a la ciencia cuyos problemas le preocupan, el grado de objetividad que le resulta indispensable. Su intento es digno de atenta consideración.